

El americanismo literario en dos novelas colombianas

(MARIA.—EL ALFEREZ REAL)

I—EL SIGNIFICADO DE UN CENTENARIO

Todo homenaje entraña un esfuerzo, más o menos feliz, para asimilar, para comprender mejor la obra del artista o del héroe que desde su invisible morada allega hasta nosotros el interrogante de su propia vida y el rumoroso caudal de sus palabras.

En medio al ritmo enloquecido de la vida presente solemos retornar, con morosa ternura, a todo aquello que desdeñó la mecánica deshumanizante de nuestro siglo: eterno retorno del espíritu a los valles de la adolescencia; búsqueda inquieta y porfiada de todo lo que fue. Al cansancio de las rutas intuitivas y al afán de las adivinaciones de vanguardia, sucedense en pausado desfile las visiones de antaño.

Porque rehusamos el dolor, la angustia finca sus reales en nuestro espíritu; porque creímos superar los postulados de la naturaleza, hemos de retornar a ella por la vía dolorosa del experimento fallido y de la fórmula estéril. Pero tras el cansancio de los itinerarios eruditos, réstanos la emoción; así también el vagabundo que abandona a las aguas, en la ablución vespéral, las pesadumbres del camino.

* * *

Leve teoría de figuras de mujer, a todo lo largo de la historia literaria de Occidente, nimba de dolor y de exaltación la vida del hombre: así Andrómaca e Ifigenia, así Eloísa, así también la divina gracia de Beatriz, y la amante magnífica de Calixto en la Tragicomedia, y las rubias heroínas del norte y las vírgenes del moderno ciclo francés.

Y así también María, doncella de América y señora de nuestras juventudes románticas. Su creador —o su idealizador— nació en tierra vallecaucana: amó el terruño, ahondó en la en-

traña de la raza, plasmó para siempre usos y costumbres, informó la novela americana del siglo XIX y, a la manera que Atala abrió al amor el corazón de la ideal protagonista de su novela, enseñó a amar a nuestros padres.

Maestro de amor, sí; pero no a la manera del poeta romano, por cuanto, fiel al concepto romántico de la pasión amorosa, encontró en el dolor la respuesta al infinito anhelo del hombre.

Isaacs fincó en María cuanto de más puro y noble anida en el corazón de la mujer americana y cuanto de más honda raigambre patriarcal sobrevió al derrumbamiento de la colonia. Su obra—bajo una forma idílica en que predomina el modo menor—entraña la protesta de la vida ante el ancestro. Usos, costumbres y prejuicios en pugna con la naturaleza apasionada del criollo, tema fecundo que informa —aun hoy en día— la novela vernácula: así *El hombre de hierro*, *Ifigenia* y *Don Segundo Sombra*, así *Doña Bárbara* y *La Vorágine*, así toda la literatura de tendencias indígenas que abarrota los estantes de nuestras librerías.

* * *

Isaacs novelista americano, mejor que gloria regional: tal, en nuestro sentir, la significación más generosa y fecunda de la conmemoración del primer centenario de su nacimiento. La insularidad colombiana de que nos habla Luis A. Sánchez, no pasa de ser una frase feliz: bastaría citar tres nombres para refutar la tesis del escritor peruano: Pombo, Isaacs, Rivera. Compendia y supera el primero la poesía romántica americana, inspira el segundo la novela regional del ciclo costumbrista, inicia el último, en el continente, la novela social, la epopeya revolucionaria de los desamparados.

Al lado de *María*, y a manera de comentario retrospectivo de carácter costumbrista, hemos querido estudiar una obra de amena lectura y de ingenua y despreocupada forma literaria. En *El Alférez real* de Eustaquio Palacios —otro hijo del Valle del Cauca— puede encontrarse la clave de las supervivencias coloniales de *María*. Porque si el romanticismo europeo hubo de recoger la tradición medieval, interrumpida por las corrientes humanizantes del renacimiento, el americano derivó naturalmente hacia el panorama colonial, reino de la escolástica y del ergotismo, de las castas y del conflicto racial, verdadera Edad Media del nuevo continente.

María es un legado —en blanco menor—del siglo XIX, *El*

Alférez real un documento histórico del siglo XVIII. La obra de Isaacs alcanza prestigio americano y europeo; la de Palacios, apenas si es conocida de un reducido grupo de colombianos. Subjetiva y poética la primera, narrativa la última, constituyen los dos polos vitales del costumbrismo americano: por la *María* profundizamos en las almas, por *El Alférez real*, en las cosas de América. Pero a tiempo que la obra de Isaacs se sitúa en la esfera de lo universal estético enalteciendo lo típico y lo regional, la obra de Palacios parece recatarse ora tras de las torres y casonas del Cali viejo, ora bajo los guaduales y bosquecillos del Pance y del Jamundí.

Entretanto, creeríase que el alma de María inspira el vuelo sagrado de las garzas sonrosadas y blancas que a la tarde demandan las ceibas y písamos de las grandes planadas por donde ruedan, en amplios giros, las amarillentas aguas del Cauca.

II—EL VALLE Y LA MONTAÑA, ARMONIA DE TERRUÑO

Porque el pasado es de calidad estética —como observa profundamente Rafael Maya— sólo a través del recuerdo florece la poesía. Y un haz de recuerdos dolorosos es la novela de Isaacs. El paisaje, enaltecido por la imaginación creadora del poeta, encierra misteriosas consonancias con el alma de María, cuya serenidad tiene mucho de la dulcedumbre de la planada y cuya pasión traduce en cierta manera la rumorosa inquietud de la montaña. Esta armonía entre el espíritu de la mujer ideal y el alma del paisaje idealizado alcanza en la obra de Isaacs una realización tan feliz, que nos lleva a preguntarnos si es la naturaleza la que modela el alma de María, o es el alma de María la que presta al paisaje sonoridades y color, luz y sombra, misterio y melancolía.

“Las grandes bellezas de la creación —ha dicho Isaacs en su novela— no pueden a un tiempo ser vistas y cantadas: es necesario que vuelvan al alma empalidecidas por la memoria infiel...” Esta orientación panteísta del amor, este anhelo de asociar un sentimiento subjetivamente bello a la naturaleza, dotada de hermosura objetiva, es el que lleva a nuestro poeta, con sugerente insistencia, a situar la figura de María, en cada una de las diferentes situaciones del idilio, sobre un fondo en que el paisaje vallecaucano comenta y subraya los matices espirituales de la ideal protagonista. Veámoslo, si no:

“... Así estaba en la mañana de aquel triste día, bajo las enredaderas de las ventanas de mi madre.”

"Aquellas soledades, sus bosques silenciosos, sus flores, sus aves y sus aguas, ¿por qué me hablaban de ella? ¿Qué había allí de María? en las sombras húmedas, en la brisa que movía los follajes, en el rumor del río..."

"Nunca las auroras de julio en el Cauca fueron tan bellas como María cuando se me presentó al día siguiente."

"Una tarde, tarde como las de mi país, engalanada con nubes de violeta y lampos de oro pálido, bella como María, bella y transitoria como fue ésta para mí..."

"Una hora después... Dios mío! tú lo sabes. Yo había recorrido el huerto llamándola, pidiéndosela a los follajes que nos habían dado sombra."

A qué multiplicar los ejemplos si aun hoy en día el paisaje vallecaucano nos habla del idilio dulcísimo en el horizonte crepuscular de sus atardeceres o en el rumor de sus montañas?

* * *

Se ha hablado de la psicología de la planada y de la psicología de la montaña como de modalidades antagónicas del alma americana. Y de la pampa propicia al idilio y de la montaña en que florece en vértigos heroicos la epopeya de la conquista y del trabajo. En todo su rigor, la tesis es discutible y podría invertirse fácilmente.

Amplio y terso el paisaje, esfumado el confín en ligeras neblinas, extiéndose el valle bajo la cegadora luz de sus cielos. Entre la planada y sus altísimos contrafuertes, una progresión de mesetas inclinadas conjugan armoniosamente opuestas geografías.

Lejos de la ciudad, entre la montaña y el valle, oscila el idilio de Isaacs; de la ciudad a las colinas y llanadas de Cañasgordas viaja la narración de Palacios, sin que la mutación de escenarios sea parte a desvirtuar la maravillosa cadencia del romance o el ingenuo desarrollo de la narración. Porque bajo el signo de un cielo profundo, el color se hace luz y se funde dulcemente en sus tonalidades complementarias, la palmera del valle se hermana con los lirios de la montaña y el vuelo de las garzas parece como si estilizara sobre los cielos transparentes las amplias curvas del Cauca.

En este ritmo profundo y persistente, en este fluir visual de la altura a la planada y del bosque a la vega, en este tránsito entre la vida de los pastores de la sabana y la del colono montañés, reside buena parte de la belleza narrativa de la novela de Isaacs, observador finísimo de los aspectos complementarios de su tierra natal:

"Los resplandores que delineaban hacia el oriente las cúspides de la cordillera central, doraban en semicírculos sobre ella algunas nubes ligeras que se desataban las unas de las otras para alejarse y desaparecer. Las verdes pampas y selvas del valle se veían como al través de un vidrio azulado, y en medio de ellas, algunas cabañas blancas..."

En *El Alférez real*, el contraste estructura también el panorama:

"Cuando acababan de pasar el llano y se acercaban a las orillas del Cauca, ya se anunciaba por las cumbres de las montañas de Chinche la alegre luz del día, reflejada en las nubes, que extendidas en franjas horizontales sobre la cordillera, aparecían teñidas de oro y grana."

A la montaña asciende Efraím, ora en busca de la amistad candorosa de la familia antioqueña, ora en ansia de olvido y de serenidad. Y es admirable entonces observar cómo su espíritu, aniñado por la mansedumbre del paisaje y de las costumbres del valle, adquiere contornos heroicos y supera su tónica habitual. En medio a los árboles y a los torrentes de la montaña ronda el amante de María en torno a su propia entidad hasta alcanzar la plena posesión de su yo. A los montes de Cañasgordas van también los esclavos del alférez real a revivir transitoriamente la libertad perdida.

Pero lejos del Valle, la cordillera tórname agorera y siniestra. Así para Efraím, a su regreso del destierro, los profundos cañones del Dagua por cuyas aguas remonta el bongo en tardo y absurdo ajeteo. A los raudales de la montaña vallecaucana "orlados en la ribera por iracales, helechos y cañas de amarillos tallos, plumajes sedosos y semilleros de color de púrpura" sucedense ahora manglares sombríos. Y al bambuco de la llanada, el bunde de Laureán, cuyos acentos "quejumbrosos, profundos y lentos" parecen confirmar en sus presentimientos al prometido de María:

"Se no junde ya la luna;
remá, remá.
¿Qué hará mí negra tan sola?
llorá, llorá..."

* * *

Con el correr de los tiempos, los surcos fecundos del plantío han reemplazado en el valle a los innumerables rebaños; la montaña, perfumando de amor el hacha del colono, se ha ido ale-

jando cada vez más de la llanada. Otros anhelos, placeres y dolores desconocidos ayer han moldeado nuevos caracteres y determinado conflictos ignorados antaño. El ciclo patriarcal de la vida americana cerró en medio a las inquietudes de un siglo mecanizado y revalorador.

Pero el viajero puede aun sorprender por tierras del Valle del Cauca, con poco que añie su espíritu para sumergirlo en el ideario y en la sensibilidad romántica, las almas y las cosas cantadas por Isaacs o relatadas por el autor de *El Alférez real*. Porque María y Braulio, el padre Escobar y *La flor del Vallano*, el maestro Zapata y Juan Angel son arquetipos raciales, símbolos de americanismo bajo cuyo signo prosiguen su carrera luminosa los pueblos del *Cauca grande*.

III—LA COSTUMBRE Y EL AMOR: CONFLICTO DEL ESPIRITU.

Un ilustre escritor argentino —Rodríguez Larreta— en obra de minuciosa exquisitez, ha reconstruido la vida y el ambiente español del siglo XVI. *La gloria de don Ramiro*, considerada por algunos críticos como novela arcaizante y exótica, no es otra cosa, si bien se considera, que el antecedente psicológico y la clave de la vida colonial en América.

En la vorágine de soberbia y de orgullo, en el caos de grandeza y de miseria en que agoniza la España de Carlos V, un hombre discurre llevando en su propio sér el conflicto de sangres enemigas, epopeya torturada de contradictorios orgullos y de opuestos fanatismos.

Traslademos este conflicto a nuestro continente, pongámoslo en contacto con la tristeza del indio y con el fatalismo del negro y la psicología criolla principiará a delinearse en toda su compleja y sugerente profundidad. Aquí radica el interés humano de la novela de Eustaquio Palacios, cuya acción se desarrolla en pleno siglo XVIII: en *La flor del Vallano* y en Daniel apuntan ya las modalidades espirituales de Efraím y de María.

Durante la colonia, las diferentes castas sociales discurren por sendas paralelas sin llegar jamás a conjugarse. Hidalgos españoles y americanos, *montañeses* y *monteras*, esto es, mestizos y plebeyos, indígenas y negros esclavos vegetan separados por hondo vallado de diferencias, prejuicios y costumbres. Apenas si en la esfera de lo que por entonces revestía caracteres delictuosos unía la naturaleza lo que separaba —en triplicada porfía— el ancestro, la sociedad y el estado.

A este respecto, constituye *El Alférez real* un inagotable venero de datos y de anécdotas que bajo el ademán ingenuo recatan muchas veces el dolor de los humildes o el monstruoso egocentrismos del hidalgo. Iniciemos breve desfile de citas y referencias:

“Si usted fuera *blanco y rico*, se casaría con mi señorita Inés” —dice Fermín a Daniel.

“Cuando un marido alcanzaba así su libertad, se mataba trabajando para librar a sus hijos y a su mujer...”

“¿Quién le dio el *don*? decían: su padre era *ñor* y su madre *ña*.”

El Cabildo de Cali dicta una orden para que don Ignacio González Arce no cargue bastón; expide certificados de pureza de sangre a don Vicente Serrano y ordena a los vecinos contribuir a la destrucción de la langosta bajo multa de dos patacones a los ricos o de veinticinco azotes a los desvalidos. Hay hidalgos que se arruinan sosteniendo un pleito que los autorizará para usar capa de grana y espadín, y una negra que comenta con sus compañeras de esclavitud: “—Porque lloró el negrito, me dijo: —Alza ese niño para que no llore. Yo le contesté: —No es niño, mi amo, es el negrito; entonces me dijo: —Simple, ese negrito es niño. Figúrense ustedes, que dizque el negrito es niño! Qué cosas dice mi amo el Padre!...”

* * *

De *Alférez real* a *María* ha transcurrido un siglo. Las revoluciones de la república han reemplazado a las siestas de la colonia; un corto período de nueve años, la independencia, media entre las dos. Aportes norteamericanos y europeos han inquietado los espíritus y transformado la vida política. Pero del ciclo colonial americano subsisten aun —en tiempos de Efraím y de María— la esclavitud, la dictadura familiar y la psicología patriarcal de la mujer: huerto cerrado, fuente sellada al libre juego del amor.

En la novela de Palacios, los *prejuicios* de casta se oponen a los amores de Daniel con doña Inés de Lara y motivan el matrimonio secreto de don Henrique de Cayzedo con *La flor del Vallano*, dulce y esfumada silueta de mujer a cuyo solo nombre la ingenua narración se perfuma de amor. En *María*, la severidad del padre, símbolo de la dictadura familiar, motiva la separación de los amantes y con ella el derrumbamiento del primer amor.

Las costumbres austeras del hogar, el concepto patriarcal de las relaciones de padres a hijos y la psicología colonial de la mujer —huerto cerrado, fuente sellada al libre juego del amor— motivan en el idilio de Isaacs esa delicadeza inefable de la pasión, ese fluir temeroso de los diálogos rotos, ese obstinado ocultarse de la pasión a los ojos de los hombres para entregarse al paisaje.

En un viejo prólogo a la novela del poeta vallecaucano, Vergara y Vergara afirma —y sus palabras van en apoyo de nuestra tesis— que el hogar de María no es un “hogar excepcional, sino común, y muy común.” El prologuista, en frase que por sutil y penetrante es muy rara en sus labios, observa que en los diálogos cruzados entre los amantes de “El Paraíso” “una flor de más constituye una situación nueva”. Y así es, en efecto: porque entre los sentimientos de María y las flores del huerto, del valle o de la montaña, existen misteriosas afinidades. Claveles y campanillas del río, recuerdo de la niñez; azahares y rosas del baño, semblanza de una pasión virgen; azucenas de la montaña, flores de olvido y de dolor: la naturaleza toda, asociada a los amores de Efraím y de María, eterniza en el paisaje lo que agostó la vida o marchitó la ausencia.

El tema del presentimiento, penetrante y porfiado, se inicia en los primeros párrafos de la novela con el llanto del niño que va a partir, ensombrece el horizonte crepuscular de la escena en que la lectura de Atala baña en lágrimas el semblante de María y culmina por fin en el aleteo del ave nocturna.

Críticos y comentaristas han olvidado este admirable motivo del presentimiento, estado de conciencia que se adentra por las rutas de la intuición ensombreciendo el gozo del momento presente. Y así es, en efecto, porque con poco que profundicemos en la novela de Isaacs, acciones y diálogos, costumbres y naturaleza, cielos y tierra, entristecidos paulatinamente, confirman a los amantes en el dolor de sus presentimientos. El idilio de Isaacs se inicia con la alborada en que Efraím regresa al hogar: “era ya la última jornada de mi viaje y yo gozaba de la más perfumada mañana de verano”. Y finaliza en medio a los coros agoreros de la muerte: “estremecido, partí a galope por en medio de la pampa solitaria cuyo vasto horizonte ennegrecía la noche”.

En *María*, el presentimiento, de simple estado de conciencia, deviene en categoría estética.

Dueño y señor de sus creaciones, puede el novelista disponer a su arbitrio de sus sentimientos, de su vida y de su muerte: en tanto que Palacios se apiada del secretario del Alférez

real para convertirlo en don Daniel de Caycedo, Isaacs, eternizando quizá una página intensa de su propia vida, y en supremo gesto de renunciación, sacrifica a María para entregarla a los cielos del arte.

Y así, en medio a un diálogo de augustos silencios, hombres y cosas, fundidos en la unidad superior de los recuerdos, escapan al tiempo, se despojan en parte de su carácter objetivo, y espiritualizados y como transfigurados en belleza, se asimilan a nuestra propia substancia.

IV—DE LO QUE EL HOMBRE TRIBUTA A LA TIERRA Y DE LO QUE ESTA RECIBE.

El trabajo del hombre, vinculado a la tierra; la naturaleza, modelando las almas al ritmo de sus fuerzas invisibles: doble tránsito, opuesto fluir de corrientes vitales que por tierras de América suscitan tipos y caracteres.

En ellos encarna el paisaje; su ademán resucita ritmos vegetales; sus cantos insinúan, ora el murmullo de los raudales, ora los ecos de la montaña; sus costumbres parecen remedo sublimado de las faunas vernáculas.

Los valles sustentan pródigos rebaños. Pero en ellos la vida americana adquiere coloraciones arcádicas: aparecen boyeros y pastores, surge la querella amorosa, la *castrera* revive la *Lírica* hazaña del dios Pan, y las flautas subrayan melódicamente la copla intencionada. Transportemos a Menalcas, el pastor, y a Dafnis el boyero al Valle del Cauca, hagámoslos cantar en presencia de la naturaleza virginal de este rincón americano, y el idilio de Teócrito revivirá, sin perder en manera alguna su etérea delicadeza, robustecido y maduro, sí, pero conservando en sus grandes lineamientos el sabor apolíneo del original.

¿Qué misteriosas afinidades ligan entre sí a los cantores de la naturaleza? Teócrito, Virgilio, Chenier, Millevoye, Chateaubriand, Isaacs, han pasado por la tierra con la mirada puesta en la inefable y trascendente belleza de los seres. Y es a virtud de esta amistad que supera al tiempo y al espacio como podríamos depositar a los pies de María el maravilloso cantar de Menalcas:

“Por donde quiera que la hermosa niña dirige sus pasos, hay primavera, hay pastos frescos, hay vacas henchidas de leche y becerrillos o corderos pequeños que se alimentan. Pero si mi niña se retira, el pastor languidece y la hierba también.”

De las páginas de *María* y de los capítulos de *El Alférez* real surge el himno americano al trabajo. Canción épica que

tiene por únicos protagonistas al hombre y a la tierra, por espectadores, la alborada, la canícula y el atardecer, por testigos a los guaduales de la vega y a los písamos y cachimbos de la montaña.

La hacienda de Cañasgordas, en la obra de Palacios, es el ara en que la cuadrilla de esclavos sacrifica sus vidas. Pero de sus manos doloridas y de sus cuerpos fatigados fluye a raudales el bienestar de la nacionalidad futura. Oigamos al narrador:

“Todos esos esclavos, hombres y mujeres, trabajaban toda la semana en las plantaciones de caña; en el trapiche moliendo la caña, cociendo la miel y haciendo el azúcar; en los cacaoales y platanares; en sacar madera y guaduas de los bosques; en hacer cercas y en reparar los edificios; en hacer rodeos cada mes, herir los terneros y curar los animales; y en todo lo demás que se ocurría.”

Del trabajo que fecunda la tierra para retornar al hombre en el oro y el gualda de la cosecha, surge el costumbrismo regional. En el Valle del Cauca, hoy como en tiempos de la colonia, los rebaños se hermanan con la siembra, la cabaña impera en la soledad y el hombre de la montaña cruza su sangre vigorosa con la del plácido habitador de la llanada.

Hay en *María* capítulos magistrales, en que la familia montañera aporta al alma de Efraím, en conjunción gratísima, fuerzas espirituales desconocidas para él. Braulio y Tránsito, con el fruto de sus amores, injertarán en savia nueva el decadente plantío de razas hiperestesiadas por una intensa vida interior.

Isaacs, maestro insuperable en la descripción de su tierra natal, sabe allegar hasta nosotros los ecos de la derriba y el perfume inolvidable del árbol herido:

“Después de una pequeña cuesta pendiente y oscura, y de atravesar a saltos por sobre el arbolado seco de los últimos derribos del montañés, me hallé en la placeta sembrada de legumbres, desde donde divisé humeando la casita situada en medio de las colinas verdes, que yo había dejado entre bosques al parecer indestructibles.”

O en aparte en que a los perfumes de la selva se aúna la polifonía del atardecer y la policromía del paisaje:

“El olor peculiar de los bosques recién derribados y el de las piñuelas en sazón; la greguería de los loros en los guaduales y guayabales vecinos; el tañido lejano del cuerno de algún pastor, repetido por los montes; las *castreras* de los esclavos que volvían espaciosamente de las labores con las herramientas al

hombro; los arreboles vistos al través de los cañaverales move-dizos...”

Al ritmo del trabajo se vinculan todas o casi todas las situaciones del idilio. Próximo ya a partir, Efraím se despide de la familia antioqueña:

“Eran ya las once. José, Braulio y yo habíamos visitado el plantel nuevo, el desmonte que estaban haciendo y el maizal en filote. Reunidos nuevamente en la salita de la casa de Braulio, y sentados en banquitos alrededor de una atarraya, le poníamos las últimas plomadas; y la señora Luisa desgranaba con las muchachas maíz para pilar. Ellas y ellos sentían como yo, que se acercaba el momento temible de nuestra despedida.”

Así también, en *El Alférez real, la Flor del Vallano*, inclinada la frente sobre femeninas labores de que deriva el sustento, espera la llegada del hijo, materialización inefable de sus secretos amores.

De esta mutua relación del hombre a la tierra y de la tierra al espíritu, nace la psicología vallecaucana. Blando amor al terruño, sentimiento indestructible en las almas para quienes la naturaleza, involucrada en su propio ser, pierde en objetividad lo que gana en subjetiva belleza.

El amor y la muerte constituyen el primero y el último de los tributos que el hombre ofrece a la tierra. Entre los dos, media el trabajo. La tierra, a su vez, retorna en belleza y bienestar lo que de sus hijos recibió. Y ella, que los vio nacer, los acepta en su seno para que convertidos en humus fecundo, retornen a las generaciones nuevas en el perfume de las flores o en la pródiga abundancia de los frutos.

Bíblica tierra de patriarcas, en cuyos senos escondidos, ajenos al diario afán importuno y esquivos al avance de una civilización exteriorizante y superficial, parecen resonar todavía las palabras del predicador:

“Engrandecí mis obras; edifiquéme casas; plantéme viñas;

“Híceme huertos y jardines y planté en ellos árboles de todos frutos;

“Híceme estanques de aguas, para regar de ellos el bosque donde los árboles crecían;

“Poseí siervos y siervas, y tuve hijos de familia; también tuve posesión grande de vacas y ovejas, sobre todos los que fueron antes de mí en Jerusalem.



V—LO QUE VA DEL POETA AL COSTUMBRISTA

La comprensión de una obra literaria supone de parte del comentador una actitud desprevenida y una visión panorámica. El adentrarse en una creación artística del pasado no es tarea fácil para quienes aportan al comentario el caudal de sus prejuicios. El análisis literario exige el acondicionamiento de la visión espiritual a las exigencias de la perspectiva histórica.

Precisa desnudarse del traje a la moda para saborear las psicologías y estilos de antaño. Porque solo anifiando nuestro espíritu y sumergiéndonos en el pasado con olvido absoluto del presente, cabe iniciar el estudio de ciertos frutos del espíritu humano cuya forma ha caducado ya.

La crítica literaria en Colombia ha viajado por rumbos irreconciliables. Ora la enumeración de defectos o el articulejo relamido, ora la hipérbole elogiosa o el comentario antañón y reaccionario. Apenas si un grupo reducido se adentra por las rutas de la interpretación psicológica y poética, respondiendo así a la inquietante pregunta de Flaubert a Jorge Sand.

Esta concepción artística de la crítica literaria se impone especialmente al hacer referencia a la obra de los románticos americanos, campo propicio a las minucias de los discípulos de Clemencín y de Valbuena o rincón gratísimo para todo el que sepa vivir ideologías y sentimientos en desuso.

"El estilo de un escrito cualquiera —dice Van Tieghem— se compone de tres elementos: aporte personal, tradición nativa e influencias extranjeras."

En *María*, de Isaacs, al aporte personal del escritor, estudiado ya en los capítulos precedentes, es preciso sumar la influencia del romanticismo francés, ejercido sobre el novelista colombiano a través de la obra de Chateaubriand, de *Atala* principalmente.

La tradición nativa, segundo coeficiente del estilo, encuéntrase —en toda su exuberante morfología— en la novela de Eustaquio Palacios. De aquí el que a través de esta obra busquemos la explicación de los usos y costumbres de *María*.

A nuestro encuentro sale una objeción que conviene examinar. La literatura comparada estudia las corrientes comunes a las diversas literaturas, diferenciándolas claramente de las influencias recibidas y de la estéril imitación. Podría observárenos, en efecto, que las relaciones que existen entre el idilio de Isaacs y el de Chateaubriand dicen orden a un paralelismo debido a corrientes comunes. De la lectura de *María* se desprende otra tesis: Isaacs, en efecto, recibió la influencia inevitable del romanticis-

mo europeo, pero supo asimilarlo y transformarlo, mejor aún, logró encontrarlo de nuevo en medio a las almas y a las cosas de América.

A pesar de sus innumerables defectos de forma, defectos que antes que a su autor pertenecen a su tiempo y a su escuela, el idilio de Isaacs posee un valor literario peculiarísimo que se manifiesta, principalmente, en la descripción y en el diálogo.

Porque a tiempo que la obra simplemente narrativa de Palacios describe el objeto, el poema de Isaacs nos lo presenta transformado por la imaginación creadora; porque mientras *El Alférez real* relata los sucesos, reproduce las cosas y retrata a las personas, *María* sugiere la emoción del paisaje, alude sin copiar y deja a los protagonistas que transparenten su yo íntimo en esos admirables diálogos que constituyen, en nuestro sentir, la fase más interesante de la obra.

La emoción sugerida apenas, y el protagonista que desnuda su alma sin el auxilio del autor es lo que hace de Isaacs un precursor de las tendencias contemporáneas del drama y de la novela, porque de la pintoresca conversación de Custodio o de la charla de Salomé a la técnica del monólogo interior a la manera de James Joyce, no media una distancia tan grande que no pueda someterse a medida: como interlocutor, Efraím podría ser suprimido en estos dos diálogos magistrales, sin que el contorno espiritual de sus dos amigos sufriera mengua por ello.

* * *

Dos actitudes antagónicas escinden el panorama de las letras americanas. De un lado, la literatura de clase que, a fuer de internacional, amenaza con ahogar cuanto de mejor encierra el americanismo; de otro, las corrientes autóctonas.

¿A quién pertenece el porvenir? La respuesta corresponde al legislador y al estadista y rebosa los linderos de este comentario: cultura universal y producción artística americana es una fórmula grata a nuestra manera de pensar.

* * *

Existe en el Museo de Munich una *Kermesse* de Teniers en que al ritmo jubiloso de la gaita, una pareja inicia la danza en tanto que la comparsa, distribuída a derecha e izquierda en grupos o en parejas, se entrega a la satisfacción despreocupada del instinto: comen y aman. Al fondo, las casas del cortijo recatan el rudo costumbrismo de la escena. A la derecha, la perspectiva fluye hacia las torres de una ciudad adormecida en la distancia.

En las salas del Louvre se conserva **El Molino de Hobbema**: la luz del atardecer abre un paréntesis luminoso entre los árboles del primer término y las cabañas que se miran en los cristales brumosos del río. A la derecha, la sombra del bosque contrasta con la dulce presencia de la luz en que se baña la parte central de la composición. Por entre los troncos de los árboles del primer término, extiéndese la perspectiva hasta el horizonte lejano.

De la **Kermesse** de Tenier al **Molino** de Hobbema, media la distancia espiritual que va de **El Alférez real** a **María**, de la narración al idilio, del costumbrismo a la interpretación lírica del paisaje.

Rutas enaltecidas, hoy como ayer, por la inquietud de los hijos de América.

Marzo de 1937.

ANDRES PARDO TOVAR



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico